



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 18. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Mayo 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por doña Joaquina Balmaseda. — Elegante vestido de verano con echarpe á un lado. — Vestido de novedad adornado con encajes, lazos y hebillas. — Manteleta con esclavina. — Manteleta adornada con cordoneras. — Neceser de costura. — Bordado de azabache en tul para sombreros. — Rama de coral. — Cuellos con adornos de percal rayado. — Punta para pañuelo. — Porta-monedas de crochet. — Cubierta para devocionario. — Labor de novedad. — Lambrequin. — Almohadones. — Cenefas. — Arandelas, cortinas, todo adornado con aplicaciones de cretona. — Cubierta de almohadon de malla guipure y punto

de Venecia. — Estudios prácticos sobre el corte de camisas de hombre. — LITERATURA: A mi madre, poesia, por Mariano Ruiz de Arana. — Cantilena, poesia, por Alfredo Florez y Gonzalez. — La ciudad de los hechiceros, por Lutgarda Camargo de Contreras. — Pedro II Emperador del Brasil, por el Dr. Lopez de la Vega. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Revista quincenal, por Bernardo Aparicio. — Correspondencia. — Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 y 2. NECESER DE COSTURA.

Con una caja de cigarros se imita el lindo cofrecillo que muestran estos números, y lleva en el interior una bandeja movable como las de los baules mundos, rodeada de una tira de carton de 2 cents. y cinta de hilo: la bandeja, como toda la parte interior del cofrecillo, va forrada de tela ó papel, mientras que por fuera de cutí gris con tiras de piel grana de un centimetro de ancho, clavadas con clavos dorados: la tira del centro de la cubierta pasa del borde y entra en la anilla del candado. En la parte interior se fija en cada ángulo un clavo para sostener la bandeja, que lleva á su vez tres separaciones.

3. VESTIDO CON ECHARPE AL LADO.

Es de japonesa gris plata con túnica solo por delante recogida al lado, y el echarpe, vuelta de manga, solapas que forman cuello por detras y bieses de los volantes, son de tono más oscuro. Por delante los volantes descansan uno sobre otro, mientras que por detras lleva cada uno tres cabezas plegadas. La punta del cuello por detras la sujeta un florón de pasamanería del color del adorno.

4. VESTIDO CON TÚNICA Y CHAQUETA.

Es de cachemir color de reseda: la falda lleva por delante ancho volante fruncido por la mitad para formar bullon, y sobre él van bieses de tela y de faya de igual color, repitiéndose más arriba el bullon de 21 cents. de ancho: bieses de 7 cents. de ancho y delargos graduados, sujetos por lazos, unen la parte de adelante al adorno de atras, que son dos volantes con biés y pasamanería encima. La túnica es un paño corto por delante y dos muy largos por detras, completándolos encima una aldetá redonda de 40 centímetros de largo. La túnica y chaqueta reproducen el adorno de biés y pasamanería con encaje de lana al borde. La manga lleva una vuelta que forma dos picos, sujetando un ancho plegado atravesado por hebilla de nácar.

5 y 6. BORDADOS DE CUENTAS.

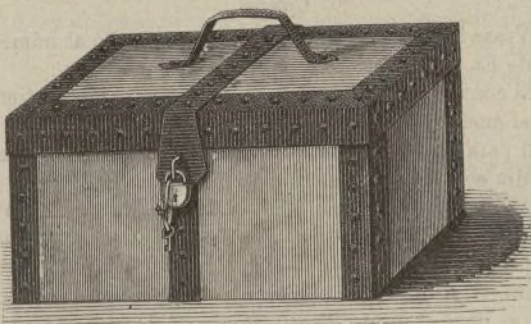
El primero es un flequillo de

azabache hecho en tul y que sirve para adornar sombreros ó vestidos.

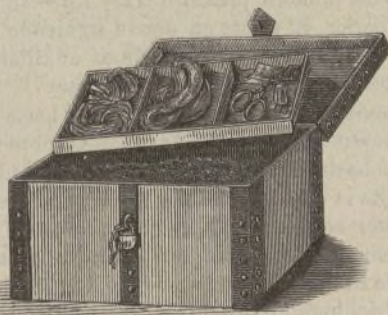
El segundo es una rama armada en alambre de hacer flores con cuentas encarnadas, que imitan con perfeccion una rama de coral, como la ostentaba uno de los sombreros del número anterior.

7 y 8. PUNTAS DE CUELLO PARA SEÑORA.

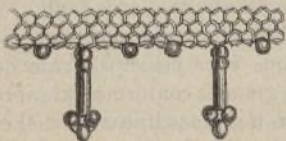
El núm. 7 tiene el pico de percal rayado, con dos tiras de muselina festonadas y cosidas á espunte con valencienes al borde.



1. Neceser de costura. (Véase el núm. 2).



2. Neceser de costura abierto.



5. Bordado de azabache en tul para sombrero.

En las siete vueltas siguientes se ejecutan los 16 picos exteriores con plata y torzal blanco, y describiremos siempre dos, con lo cual queda di-

El núm. 8 tiene al borde un biés de percal rayado unido al pico blanco por un calado, y la flor, bordada á la inglesa, está hecha con algodón del color del percal.

9. PUNTA PARA PAÑUELO DE BATISTA.

Una cenefa de margaritas bordadas al pasado rodea el pañuelo, con el centro de ellas hecho á pequeños ojete: el borde exterior, alrededor de las margaritas, está festonado, y á él cosido un encaje de chantilly. La cifra va bordada al pasado como la cenefa.

10. PORTA-MONEDAS DE CROCHET.

Materiales: Torzal marron, blanco, ó hilo de plata.

Hácese aparte las dos caras ó mitades, empezándose por una anilla de tres puntos con hilillo y rodeando estos de puntos dobles, tomando siempre el hilo de abajo del punto: el círculo mate que ocupa el centro debe contar 24 puntos al finalizar la vuelta tercera, y entonces se comienza la estrella que presenta tan clara el dibujo, que hasta se pueden contar los puntos, y para la cual se trabaja siempre á punto doble, llevando la seda ó el hilillo entre los puntos, y se aumenta siempre un punto en cada una de las 8 partes en que se divide la estrella.

4.ª vuelta. — Se principia á trabajar con el torzal alternando 2 pts. con torzal y 2 con hilillo, aumentando un punto á cada

cuatro.

5.ª vuelta. — Como la anterior, sin crecer.

6.ª vuelta. — 2 con torzal sobre los anteriores, 4 con hilillo.

7.ª vuelta. — 3 con torzal sobre los dos hechos, 4 con hilillo sobre los cuatro anteriores.

8.ª vuelta. — * 5

con torzal, 3 con

hilillo haciendo el

crecido en el centro

de los cinco del fondo, y se repite 7 veces desde la señal *.

9.ª vuelta. — * 8

con torzal y uno con

hilillo, aumentando en el

centro de los cinco, y se repite *.



3. Vestido con echarpe á un lado.



6. Rama de coral para el sombrero núm. 22 del número anterior.



4. Vestido con túnica y chaqueta.

cho que se repetirá lo mismo 7 veces desde la señal.
 10.^a vuelta.—* 4 con torzal marron, uno con hilillo, 4 con torzal marron, uno con torzal blanco *, este descansa ya sobre el de plata de la vuelta anterior, y se crece en los puntos del fondo.

11.^a vuelta.—* 3 con marron, 3 con plata, 3 con marron, 3 con torzal blanco. *

12.^a vuelta.—* 3 con blanco, 2 con plata, 2 con blanco, 2 con plata, 3 con blanco *. Los crecidos siempre en el centro de los picos.

13.^a vuelta.—Lo mismo que la anterior.

14.^a vuelta.—* 2 con marron, en el primero blanco, 6 con blanco y en el último blanco, 2 con marron seguidos de 6 con plata *.

15.^a vuelta.—* 5 con marron, 4 con blanco, 5 con marron, 4 con plata *, se aumenta en los marron.

16.^a vuelta.—* 8 con marron, 2 con blanco, 8 con marron, 2 con plata *.

Termina con 160 puntos de circunferencia, que se rodean de tres vueltas lisas de fondo con el aumento necesario, dejando 60 puntos y uniendo á la otra mitad por el borde los 100 restantes.

Esta parte lleva como puntilla una vuelta de barras y festones encima, entre los que se ensartan cuentas gruesas de acero: boquilla y cadena de acero tambien.

11 y 12. MANTELETA CON ESCLAVINA.

(Patron: en el pliego de patrones, por el revés, número II, figs. 9 á 11).

Este abrigo de entretiempo se hace en cachemir negro, blanco ó diagonal, y puede servir para las tardes frescas y luego para el campo: en gris con pasamanería de igual color seria muy distinguido, y el echarpe, con una lazada de 30 cents., debe ser de seda del mismo color, de 17 cents. de ancho por 60 de largo y la punta deshilada. Se fija este en el cinturon que fija la manteleta al talle, habiéndonos visto obligados, por falta de espacio, á dar el patron con costura en la espalda, pero el croquis le muestra entero. Las distintas piezas se unen por las letras, y los grabados muestran cómo se coloca la pasamanería.

13. CUBIERTA PARA DEVOCIONARIO.

Nuestro grabado representa de tamaño natural un bordado para cubierta de devocionario, que podrá ejecutarse sobre terciopelo, raso ó piel, sea color sobre color, sea con colores vivos y variados. Despues de dibujado se orra la tela de percal fuerte ántes de ponerla en el bastidor.

El modelo es de terciopelo castaño; la cruz y la cenefa están bordadas con cordoncillo de seda blanco y souché fina de oro, que se fija con seda de coser amarilla. Las ramas de las palmas con seda verde de diferentes tonos. El grabado, de tamaño natural, indica perfectamente los diversos puntos del bordado.

14 á 20. DIFERENTES APLICACIONES DE CRETONA PARA CORTINAS, ALMOHADONES, ETC.

A fin de animar á nuestras lectoras para que emprendan labores nuevas, damos diferentes modelos de aplicaciones de cretona que producen un efecto delicioso.

Esta labor tiene más mérito, porque depende exclusivamente su efecto del buen gusto de la persona que la ejecuta, tanto en la colocacion de las ramas y las flores, como en la combinacion de los matices. Por otra parte, su ejecucion es muy fácil, pues se reduce á recortar las flores en percal y aplicarlas sobre un fondo cualquiera. Las ramitas que adornan el lambrequin grab. 14, la cenefa grab. 17 y el almohadon grab. 16, se ejecutan fijando los contornos á punto de perfil; los bordes que forman marco en los grab. 17, 18 y 20 son de souché y bordado, que se ejecuta, como se habrá visto en el número anterior, grab. 25 y 26, y que consiste en puntos largos, cosidos, sacados los unos de los otros, y que producen muy buen efecto.

21 y 22. CUBIERTA DE ALMOHADON. MALLA GUIPURE Y PUNTO DE VENECIA.

La cenefa de este lindo modelo, cuyo conjunto da de tamaño reducido el grab. 21, está completamente calado á feston y barretas de guipure hecha con la aguja. Una trencilla ancha sirve para hacer la puntilla rusa, que une la cenefa al cuadro del centro. Este es de malla bordada y guipure, y va representado de tamaño natural en el grab. 22. Aunque no es necesario, diremos, que la parte del centro, de guipure, se ejecuta por separado y se aplica sobre el cuadro de malla puesto en el bastidor, concluyéndole despues. Los cabos sueltos de la malla se rematan y cortan por debajo del guipure.

ADVERTENCIA.

Habiendo incurrido en algunos errores de resultados de una mala inteligencia en el pliego de patrones, vamos á rectificar los títulos que aparecen en dicho pliego por el revés, que son los únicos que están equivocados.

Núm. I.—*Vestido con túnica*.—Grabs. 27 y 28 del número 17 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Mayo.

Núm. II.—*Manteleta con esclavina*.—Grabs. 11 y 12 del número 18 de EL CORREO, correspondiente al presente número.

Núm. III.—*Traje para niña de 14 años*.—Grabs. 9 y 10 del núm. 17 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Mayo.

Núm. IV.—*Polonesa para niña de 7 á 10 años*.—Habiéndose roto este grabado al tiempo de entrar en prensa, solo podemos dar su explicacion, que es como sigue:

Se hace de cachemir, piqué ó cretona, pudiéndose llevar con cualquiera falda. Nuestro modelo es de cachemir azul oscuro. Puede adornarse de dos modos, sencillamente picado por abajo, ó terminado en ondas como indica la fig. 19 del pliego, con encima tres órdenes de pespuntos. Botones de metal completan su adorno.

Núm. V.—*Forma del sombrero con adornos de coral*.—Grabados 22 y 23 del núm. 17 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Mayo.

Núm. VI.—*Forma del sombrero con plumas*.—Grabados 20 y 21 del núm. 17 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Mayo.

Núm. VII.—*Cuello y mangas para señora*.—Grabs. 18 y 19 del núm. 17 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Mayo.

Rogamos á nuestras suscriptoras que nos dispensen estas equivocaciones, que ocurren con mucha facilidad cuando el trabajo debe estar necesariamente repartido entre muchas personas.

Aunque creemos que nuestras inteligentes suscriptoras habrán sabido rectificarlas por sí mismas, no hemos querido dejar de hacerlo para mayor claridad.

JOAQUINA BALMASEDA.

ESTUDIOS PRÁCTICOS

PARA CORTAR CAMISAS DE HOMBRE.

Canesú.

(Véase la figura 2 del pliego que acompañó al número 17 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Mayo).

El contorno principal del canesú indica al mismo tiempo el ancho de la espalda: es decir, la mitad de este, el cual para nuestro modelo es de 21 = 42. Se pone la escuadra en los dos extremos desde *O* hasta *P*, y desde *Q* hasta *R* para obtener la medida del hombrillo ó parte superior (8,5 + 1,5 = 10 cents.); se unen estas dos líneas perpendiculares otra vez desde *P* hasta *R* con una línea horizontal. Subiendo de 4,5 el largo del contorno principal, se llega al punto de altura invariable para cualquiera medida. A un centímetro más arriba de *S* de esta línea, es decir, á *U*, empieza la línea del hombro que conduce á lo largo del hombro prescrito (12 + 1,5 = 13,5) hasta la línea superior. El punto en donde siguiendo la medida, la línea del hombro toca á esta línea auxiliar, está marcado sobre la fig. 2 del pliego por la letra *V*. Se pone el metro desde *V* hasta el final de la línea hacia *R*, á fin de llevar igualmente el resultado desde *Q* sobre el contorno principal hasta *W*. Una línea de union desde *V* hasta *W*, facilita la curva de la línea del cuello, que se tira á pulso segun se vé en la fig. 2 del pliego, desde *V* hasta *T*. No podemos menos de suplicar á nuestras lectoras, que fijen toda su atencion en la medida del hombrillo (parte superior del hombro); como los costados del canesú están determinados por la altura invariable 4,5 de aquel, la medida del hombrillo determina, además de la forma del canesú, el escote del cuello. Por lo tanto, cuanto mayor es la medida del hombro, más se eleva el escote del cuello, que es lo que hace principalmente que la camisa sienta bien. Los grandes contornos exteriores van igualmente trazados con gruesas líneas para el canesú fig. 2. La línea perpendicular *T* á *Q* designa la mitad de atras del canesú. Cuando la camisa cierra por atras, deben añadirse 2 ó 3 cents. más á la línea recta.

Desviaciones.

Véanse las figs. 1.^a y 2.^a del pliego arriba mencionado. Con este nombre designamos algunos cambios fáciles de ejecutar, y que la práctica de nuestro sistema irá igualmente explicando:

1.^o Un cuello grueso y corto exige casi siempre una prolongacion del hombro, para lo cual se añade un cent. á los 3 cents., desde *D* hasta *G*, no siendo prudente extender esta línea más allá de 4 cents. Una línea de puntitos sobre la fig. 1.^a, indica esta desviacion.

2.^o Una tabla de pecho muy sacada necesita una pequeña modificacion en la línea de la pechera, y para esto se describe una ligera curva de medio cent. ó un cent. á lo

sumo, en la mitad del redoblado y á la altura del pecho. Esta modificacion va igualmente marcada por una línea de puntitos sobre la fig. 1.^a

3.^o Una espalda redonda requiere el canesú ancho y el hombrillo largo en proporcion: la pechera no sentará bien cuando la línea del hombro del canesú deberá ser de 4 cents. más larga que la del cuerpo de la camisa. En este caso, que se puede comprobar al instante, reuniendo los patrones cortados, se sesga la parte superior del hombro y la costura de atras del canesú, á fin de recuperar la perdida anchura. (Véase el patron tamaño reducido, fig. 2.^a). Cuando hay necesidad de hacer esta modificacion, más vale tomar la tela al biés.

4.^o Los cuatro cents. indicados para el escote de la pechera dan á esta una forma muy buena, pero esta medida de escote no es invariable, y puede hacerse hasta de 5 cents.

5.^o La profundidad del escote del cuello depende asimismo del gusto de cada uno y de la moda reinante: el mejor modo de hacerlo es probando la camisa.

Modo de cortar la camisa.

(Véanse las figs. de 3 á 12 del referido pliego).

La camisa completa se corta por los dos patrones del cuerpo de la misma que se dan en el indicado pliego, y de igual modo el canesú, siguiendo las medidas ya prescritas.

La tela no puede tener menos de 75 cents. de ancho; si fuese más ancha se quitan 10 cents., pero solo de la parte de delante, dejándola por atras todo el ancho que tiene.

Para que la tela resulte bien lisa é igual por todas partes, se extienden juntos sobre una mesa dos ó tres cuerpos de camisa, y se humedecen ligeramente con una esponja; luego se separan, se extienden y se estiran con las manos en todos sentidos, lo que ensancha la tela de muchos centímetros. Durante esta operacion, se separan las partes de delante de las de atras, doblándolas cada una de por sí por la mitad.

Para cortar las camisas se necesitan unas buenas tijeras, como las que daremos por modelo en el pliego que acompañará al número del 18, cuyos anillos van cubiertos de piel.

Cuando la tela está todavía húmeda se corta fácilmente en tres ó cuatro dobleces. El empleo del patron (fig. 1) sacado en papel está explicado por los pequeños croquis, figs. 3 y 4 del pliego. Se empieza por la parte de delante del cuerpo de la camisa, poniendo el patron cerca del borde exterior, y calculada por todas partes la tela que se debe dar de más para las costuras, se corta á lo largo de la línea gruesa, marcada sobre la fig. 3. Se pone luego el modelo obtenido de tela, siguiendo las líneas de puntitos hacia abajo, á fin de poder completar el escote de la boca-manga, redondeando el ángulo, que está demasiado marcado.

Para la parte de atras se pone el patron de papel con la boca-manga exterior exactamente al borde de la tela; pero haciendo que esta sobresalga de un cent. por arriba.

Puesto así, se marca un punto sobre la tela, exactamente encima de la línea *F*, pero dándola un cent. de altura más que el patron de papel. A 2 cents. encima de la *I* de la boca-manga, se miden 2 cents. para la desviacion de la curva, que se ejecutará fácilmente por medio de las indicaciones y por la fig. 4. Desde el punto extremo del escote de la boca-manga hasta el borde superior de la tela en la mitad de atras (doblez), se encuentra una línea que indica el modo de cortar dicho borde. La figura 5 muestra la parte de atras y de delante de la camisa puestas la una encima de la otra para que se vea la diferencia. La pechera, que se pone más tarde, nada tiene que ver con el cuerpo de la camisa. Las figs. 6, 7, 9a y 9b demuestran el modo de utilizar todos los recortes. Al cortar la parte de delante, que debe tener 75 cents. de ancho, se aprovecha la tela que se quita para poner la pechera para los hombrillos y las tiras de los puños, que deben ser de tela doble. La tira de 10 cents. que se quita á lo largo de la parte de delante del cuerpo de la camisa sirve, como indica la fig. 7, para completar las mangas y hacer la tira del cuello de tela doble; con lo que se quita del escote de las mangas, se saca, como indican las figuras 9a y 9b, la tira interior de la pechera (fig. 8).

(Se continuará.)

A MI MADRE.

Ya sin tí por el mundo, madre mia,
 sigo la senda de mi triste suerte,
 y en el alma tu amor llevo grabado
 como llevo tu imagen en mi mente.
 Tú el sér me diste, y en tu amante seno
 me contemplaste con el alma alegre,

y el primer beso que sentí fué tuyo,
y en tus brazos dormí puro... inocente!
Tú á rezar me enseñaste; tú me diste
ejemplos de virtudes muchas veces,
yo á tu lado aprendí cosas, que solo
junto á una madre como tú se aprenden.
Cuando al mundo bajé perdí á mi padre,
y en tí un padre amoroso encontré siempre:
tú me educaste, tú mi amparo fuiste,
tú trocaste mis penas en placeres:
Cómo no he de gozar con tu memoria!
cómo no he de llorarla eternamente!
¡Oh, muerte, qué implacable y qué sañuda,
qué monstruo tan horrible y voraz eres!
¡Por qué mientras hay hijos en el mundo,
á matar tanta madre así te atreves?
En tus brazos la mía arrebataste
sin permitirme que espirar la viera,
sin permitir que su postrer suspiro
envuelto en mi oración al cielo fuese!
Aun temiendo que el cuerpo te lo quiten,
en honda sepultura lo retienes,
y una losa sobre ella has colocado
para que nadie adonde está penetre!
¡Qué importa que en cerrada sepultura
guardes con tanto afán su cuerpo inerte,
si la esencia de su alma está en la mía,
y tú á las almas nunca llegar puedes?
¡Madre del corazón, desde ese cielo
donde tu santo espíritu se mece,
á tus hijos bendice, y á Dios ruega
que al dejar este mundo á tí nos lleve!
¡Duerme en paz, y no temas, madre mía,
que tus hijos se olviden de tu muerte,
que al par que nos consuela tu memoria,
la lloramos los dos eternamente!

MARIANO RUIZ DE ARANA.

14 Enero, 74.

CANTILENA.

Yo nada envidio
Sobre la tierra,
Mientras las olas
Blandas, serenas,
Del mar Adriático
Mi barca muevan;
Mientras la sombra de sus palacios
Me dé Venecia.
Cuando la aurora
Su luz rosada
Refleja tímida
Sobre las aguas,
Cojo los remos,
Largo la amarra,
Y desliza mi góndola lenta,
Lenta y callada.
Oigo extasiado
Cantar la alondra,
Cercana al cielo
Do se remonta;
Cielo sin nubes,
Sin una sombra,
Do envidioso sus bellos colores
El golfo toma.
Luego en la tarde
Miro encenderse
La mar y el cielo;
Todo parece
De rubís y granates sembrado
Que resplandecen.
Cuando ya tiende
La noche fresca
Su dulce manto
Sobre la tierra,
Manto do brillan
Miles de estrellas,
Al arrullo del viento y las ondas
Canto mis penas.
Las barcarolas,
Tiernas canciones,
Languidas, tristes
Como la noche,
Canto soñando
Dulces amores
Y me duermo esperando que el alba
De nuevo torne.

ALFREDO FLOREZ Y GONZALEZ.

LA CIUDAD DE LOS HECHICEROS.

CUENTO FANTÁSTICO DE LAS ORILLAS DEL RHIN.

Traducido del francés

POR

LUTGARDA CAMARGO DE CONTRERAS.

(Continuacion).

II.

No molestaré vuestra atención detallándoos á Pirmasens y sus alrededores sino brevemente.

Edificada en los flancos de una alta montaña de las más pintorescas regiones de los Vosges, en el camino de Landau á Deux-Ponts, es hoy una ciudad tranquila é industrial que provee á toda la Alemania de calzado y pantúflas.

Ha sido célebre en los anales de la Edad Media, durante las grandes guerras de la religión del siglo XVI, y más tarde en las de Luis XIV y en la de la Revolución.

A cierta distancia se ve una enorme muralla de rocas, donde tres batallones republicanos perecieron en 1793, no porque los bravos voluntarios huyesen ante el enemigo, sino que engañados por un guía fueron precipitados una noche con bagajes y municiones en el abismo.

La comarca ofrece maravillosos contrastes.

Teneis ante vuestros ojos encantados un valle de los más amenos, un arroyuelo que refleja los mimbres y juncos de sus orillas, bañando con suave murmurio la esmaltada pradera, la sombra y el balsámico olor de los castaños, unido al gorjeo de la curruca, saltando entre los espinos silvestres, una verde colina formando graciosas ondulaciones; en una palabra, ¡un paisaje de la Arcadia, un rincón del paraíso terrestre!...

Si os volveis, cambia la escena completamente, como en un cuento de Hadas. Delante teneis el caos, la naturaleza salvaje, embrutecida, atormentada; una ojeada al Infierno del Dante!... Rocas angulosas que se oprimen, se amenazan, inclinándose por encima de grandes barrancos, precipicios, cuya profundidad no osa medir la mirada, y el lúgubre canto de la lechuza mezclado al todo... Es la inculta selva junto al florido pensil. A vuestros piés el sombrío bosque lleno de misteriosos ruidos.

Tal es el Blumenthal (valle de las flores).

Tal se muestra de repente la cohorte montañosa donde se elevan á la vez el Kugelfelsen, llamado así porque algunas veces lanza al espacio pedazos de cuarzo como si fuera un cráter: el Boerenfelsen (roca de los osos), con sus tenebrosas cavernas, y por último la Ciudad de los Hechiceros, viejo terraplen volcánico, sobre el cual corren historias verdaderamente terribles. La enorme masa silícea que cubre este terraplen ofrece un aspecto fantástico, sobre todo, con la claridad de la luna.

Juraríais que una ciudad entera, con sus cúpulas, campanarios, torres, tejados, puertas y murallas, está allí dormida por algún terrible encantador.

No sale de ella el menor ruido; nadie se atreve á acercarse, tal es el miedo que ha inspirado á los campesinos los cuentos que se refieren. Pretenden que en ciertas noches, por ejemplo, la que separa el día de todos los Santos del de Difuntos, los condenados fallecidos en la comarca, se reúnen para bailar una danza infernal en la plataforma que se inclina al Norte sobre el precipicio.

Cuando Simon Toll apercibió á su derecha el terraplen de tan terrible nombre, sintió un estremecimiento general, pensando en su temerario juramento. No era la primera vez que pasaba por allí, aunque sin aproximarse (nadie osaría hacerlo), costaba aquellas rocas cuya estructura particular ofrecía tan sorprendente punto de vista.

De día, y cuando tenía prisa, se aventuraba á hacerlo, pues abreviaba la mitad del camino.

Era más de medio día cuando nuestro músico, con su violín bajo el brazo llegó á Rinnthal, donde era esperado con impaciencia. Estaba tan débil, que su marcha fué muy lenta. Un hurra general, unánime, lo recibió en las lomas delante de la taberna donde iba á verificarse el baile. Todos se apresuraron á presentarle su copa con vino, pero vieron con sorpresa que no aceptó ninguna.

— Esto es casi un insulto!... murmuraban sordamente.

Empero el placer de la danza aguijoneaba á esta ruidosa y alegre juventud, formándose los grupos al escuchar las primeras notas del violín de Simon.

El pobre estaba estenuado por la enfermedad y la caminata que había hecho. A los diez minutos sintió desfallecer su brazo.

Algunos sonidos discordantes hicieron levantar la cabeza á las bailarines.

— Qué es eso, Simon? le dijo Franz, el mozo más descarado de la aldea, no sabes ya tocar? ¡olvidas en un mismo día tu arte y la política!

— Algo tiene, observó otro; ha rehusado nuestro vino.

— Te han hecho algún maleficio?... preguntó un tercero.

Simon cesó de tocar... se sintió desvanecido...

— Es preciso beber, amigo, repitió Franz, ¿por qué no lo has hecho antes de tocar este vals?..

El infortunado músico movió tristemente la cabeza.

— He hecho voto de no beber, murmuró.

Una risa general acogió estas palabras... un fuego granado de epigramas y burlas acometió á Simon...

— Hagámosle beber á la fuerza!.. gritaron todos!

— Feliz idea, dijo Franz, así no faltará á su juramento.

En un instante rodearon al violinista; unos lo cojen por los brazos, mientras que otros, asiéndole la boca le hacen tragar gran cantidad de vino; despues le obligaron á comer, y al cabo de media hora en que había hecho algunas libaciones, Simon, con la vista lúcida y las mejillas encendidas, tomó su instrumento, haciendo saltar alegremente á los jóvenes de ámbos sexos.

No olvidaba que había faltado á su promesa, pero ¡no le habían forzado? y si no hubiera bebido, ¿cómo restaurar sus fuerzas?...

A la conclusion de cada baile le obligaban á beber otro trago, bajo el pretexto de cobrar fuerzas... tanto le hicieron repetir, que al terminar el día se halló completamente embriagado.

Rinnthal dista algunas leguas de Pirmasens, y no dejaron al músico volver á su casa; además, como todo Kirchweibe dura tres días, aun cuando no se baila más que el domingo, lo retuvieron otro más.

En cuanto despertó Simon, volvió á beber para desechiar los malos ensueños que había tenido, y no cesó de repetirlo en el curso del día.

Al tercero solo quedaban los borrachos; las jóvenes habían vuelto á sus trabajos, y los bebedores honrados, fatigados de las libaciones á que no están habituados, regresaban á sus casas. Simon estuvo hasta medio día con Franz y otros.

Sus bolsillos estaban llenos de silbergroschen (moneda de plata de poco valor); bajo este punto de vista había mantenido su palabra: volvía con todo lo ganado, pues los aldeanos, satisfechos con determinarle á beber, siempre habían pagado. Simon se puso en camino cantando, más alegre que unas pascuas.

Era el mes de Junio: el sol quemaba, el polvo y el calor secaban la garganta, y ¡había tantas posadas en el camino!... Empezó á hacer estaciones...

Cuando llegó á Blumenthal eran cerca de las ocho, y ya su bolsillo estaba casi vacío. Le parecía que los árboles del bosque comenzaban á bailar á sus costados, y que la senda se volvía cada vez más angosta. A cada momento encontraba zanja bajo sus inciertos pasos.

Diablo! balbuceó tartamudeando, como un hombre enteramente ebrio... ¡Diablo!... si... si... habrán estrechado la senda!... Y estos... árboles que... que bailan!... ¡será... preciso... preciso... tocarles!

Había llegado á un punto en que el camino tenía una senda, á la derecha, que atravesaba el bosque. Un paso falso lo puso en ella... estaba en pendiente casi insensible.

Vamos! dijo soltando una risa estúpida. Ah!... ah!... bueno, ya no hay hoyos, ni zanjas... ya puedo bailar con mis arbolitos... eh!... eh!... eh!...

Unas veces sosteniéndose por un lado, otras á los troncos de los pinos que rodeaban la senda, seguía Simon su marcha vacilante. Al cabo de un cuarto de hora terminó el bosque bruscamente, empezando un terreno arenoso, lleno de matorrales; despues, las piedras y las rocas surgieron del suelo.

Con algun trabajo continuó marchando por la estrecha senda algunos minutos, hasta que la perdió por completo, encontrándose en medio de un dedalo de trozos de piedras, las unas tendidas, verticales las otras, que cada vez eran más numerosas, más toscas, cortadas por hendiduras y cavidades de todas dimensiones. Al poco rato le fué imposible avanzar.

¡Había llegado al centro de la "Ciudad de los Hechiceros!..."

El extremo de una roca ancha y plana como la losa de un sepulcro, le hizo vacilar. Cayó sobre la piedra, quiso levantarse y no pudo.

Despues de algunos inútiles esfuerzos, acompañados de sonidos inarticulados, se durmió al lado de su inseparable violín.

(Se continuará).

DON PEDRO II D'ALCÁNTARA,
EMPERADOR DEL BRASIL.

Hay en la América del Sur un monarca tan sábio y justiciero, tan amante de la civilización europea, tan protector de las artes y de las ciencias, que bien merece se le tribute homenaje de respeto de este lado del Atlántico.

El Brasil, tierra de una estension casi desconocida, rica como ninguna otra tal vez en los tres reinos de la naturaleza, tiene la suerte de estar regida por las instituciones acaso más libres que las de los Estados-Unidos, y su monarca es un verdadero padre de sus súbditos, probo, desinteresado, de un trato dulce y ameno, que deja hondas impresiones en el corazón de los que le visitan, ya para pedirle favores, ya para conocerle por puro gusto y curiosidad.

7. Cuello de percal rayado.

El emperador D. Pedro II, habla y escribe correctamente el español, el francés, el inglés, el italiano y el alemán; conoce el griego y el latín á fondo; está versado en la historia de las naciones de una manera prodigiosa: sabe filosofía, música, pintura, y vive en un continuo estudio de todo lo mejor que se ha escrito y se escribe, dispensando una ilimitada protección á la literatura nacional, de la que tendremos ocasion de hablar detenidamente.

En su palacio de San Cristóbal, tiene vastos jardines, en los cuales cultiva él por sus manos las plantas más predilectas en botánica, de cuyo ramo el Brasil ofrece las más raras é inapreciables calidades; y en prueba de ello, véanse las farmacopeas allopatricas y homeopáticas de aquel imperio, que no tienen casi relacion alguna con los de Europa y otras regiones.

Allí recibe todos los sábados en audiencia pública, á todas las personas que quieran hablarle, pertenezcan á la clase que fuere, sin desairar á nadie, y ajustándose en todo á la rectitud y á la justicia, virtudes que deben ser inseparables del que manda.

Poetas del país, pintores, músicos, libreros y tipógrafos mismos, entran en palacio con la mayor franqueza; hablan y pasean con el Emperador; obtienen gracias y favores de su mu-

amable y virtuosa esposa, tía de la reina de España, doña Isabel II, con sus hijos muchas veces; y cuando trabajan artífices de mérito, los llama á su palacio, ofreciéndoles sus mismas alhajas de adorno, y recibiendo en cambio las coronas que entusiasmados le ofrecen, con los frenéticos aplausos de los *dilettanti* que acaban de arrojárseles al proscenio.

Una cantatriz italiana hubo á quien distinguió D. Pedro II, siendo padrino de un hijo que dió á luz en el Imperio de Santa Cruz; no retirándole él ni su esposa nunca su afecto, á pesar de los desaciertos de la artista, nada conformes con su delicado estado de casada. Fué ella la que mejor interpretó el papel de *Norma*, en Rio Janeiro, siendo por esto siempre la cantatriz querida del público *fluminense*, siempre benévolo y espléndido con los que viven del arte.

8. Cuello con adorno de percal rayado.

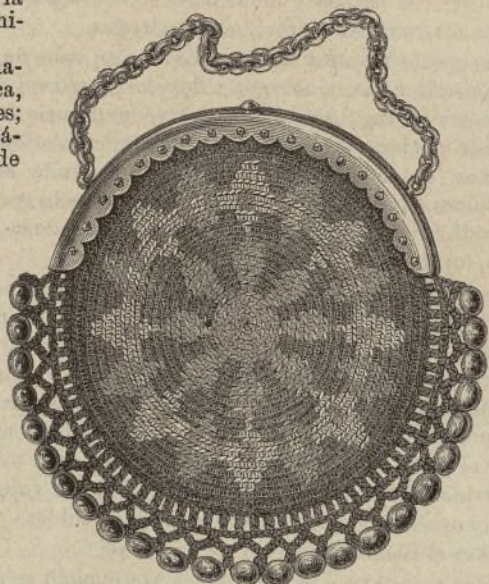
El emperador don Pedro II, no puede abochornarse de haber firmado nunca un decreto de sangre ó deportacion contra la justicia; y cuando las revueltas del Rio Grande y los motines de Nuñez Machado y Pedro Ivo, si sucedió algo que pueda merecer censura, se disculpa por las circunstancias que influyen en las sofocaciones de las revueltas populares: máxime si por parte del gobierno, milita tolerancia y piedad para con los vencidos, como al menos por parte de don Pedro II, la hubo en todos los casos en que su autoridad pudo haber sido maltratada.

Sin embargo, faltaríamos á nuestros principios, si no llorásemos una lágrima sobre la tumba de Nuñez Machado, y si no dijésemos que Pedro Ivo tenía el valor de un espartano y la abnegacion de un araucano.

Es cierto que tambien en el Brasil hay liberales y absolutistas, con disfraces más ó menos visibles; pero el emperador es liberal, apoya de corazón al partido progresista, y jamás abrigó sentimientos de opresion, pues mal cabrian en un alma que vive por el amor y la inteligencia.

El emperador Don Pedro II protege la emigracion europea, cediendo vastos recintos en su país para la colonizacion, y si algunas veces se han visto por las calles de Rio Janeiro pedir limos-

9. Punta para pañuelo.



10. Porta-monedas de crochet.



11. Cubierta para devocionario.



11. Manteleta con esclavina presentada por delante.



12. Manteleta con esclavina presentada por detras.

nificencia, y á todos trata como amigos, congratulándose de que le visiten y dando muestras de lo grata que le es la compañía de los hijos de Minerva y de Talía.

Y todo esto es público y notorio en Rio-Janeiro, sin que pueda nadie tacharnos de falsos paladines, pues nada decimos que no puedan corroborarlo cien plumas más elegantes que la nuestra, sin ser de aquel país.

El Emperador D. Pedro II tiene verdaderos sentimientos liberales, y procura equilibrar la monarquía con las aspiraciones democráticas, no menos radicadas en el Brasil, que en otros países, en que se manifiestan ostensiblemente en la opinion.

Al efecto, sabe hacerse respetar por las disposiciones más beneficiosas para todas las clases; obra sin coaccion ni violencia con sus dos cámaras, el senado y el parlamento, en cuyos cuerpos se hallan casi siempre oradores muy distinguidos.

Preside varias corporaciones científicas, como el Instituto Histórico y Geográfico; confiere los títulos de doctor á los médicos y abogados, pronunciando en todas estas solemnidades discursos fáciles y conmovedores, que hacen brillar con verdadera fascinacion su semblante soberanamente hermoso, con su poblada barba hasta hace poco rubia, rizada, sus dulces ojos azules y su espaciosa frente, doble que la de Pericles.

Asiste siempre al teatro de la Ópera con su

nas á inmigrantes, culpa de él no ha sido, pues sus órdenes eran eminentemente protectoras de estos infelices; y los verdaderos responsables de esta falta, debían ser, como en efecto lo han sido, los encargados de darles colocacion.

Durante su viaje por Europa, decretó su Senado la abolición gradual de la esclavitud, decreto elaborado antes de su partida, y confirmado despues por la regencia del Imperio y el Emperador, á su arribo á su pueblo.

Los abusos que se cometen con los inmigrantes portugueses del Brasil, anunciándolos poco menos que en venta á su llegada á aquellos puertos, nada dice contra las relevantes prendas del emperador, ni pueden eclipsar la fortuna que disfrutaban centenares de lusitanos en el imperio de Santa Cruz, ni contra el buen trato que reciben de los naturales de aquella feracísima tierra.

La culpa de estas semi ventas debe hechársela al gobierno de Portugal, por el poco celo que tiene de velar por la dignidad de los súbditos portugueses que emigran al Nuevo Mundo; y con esto no pretendemos aludir al joven y digno de elogios por tantos conceptos, monarca Don Luis cuyo patriotismo y vastas miras somos los primeros en admirar.

Sucede en Portugal poco más ó menos respecto á emigracion lo que en España: hay traficantes de carne humana que, valiéndose de la miseria de muchos labradores y artesanos, los enganchan con promesas pomposas é irrealizables, y al llegar á Rio-Janeiro, Buenos-Aires, etc.,



1121

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras
 Plaza de Prim II, 3

Ayuntamiento de Madrid

para colocarlos como mejor cuadra á sus intereses, tienen que valerse de los medios más viles; y de ahí lo demás que diariamente acusa la prensa de Portugal respecto de los inmigrantes portugueses que se dirigen al Brasil.

Es no ménos reprehensible el mal trato que se les da á bordo, pues muchos mueren en el tránsito atacados de escorbuto y disenteria, efecto de los malos alimentos y aguas; todo lo cual tambien nosotros hemos reprobado algunas veces, llamando la atencion del gobierno de S. M. F.

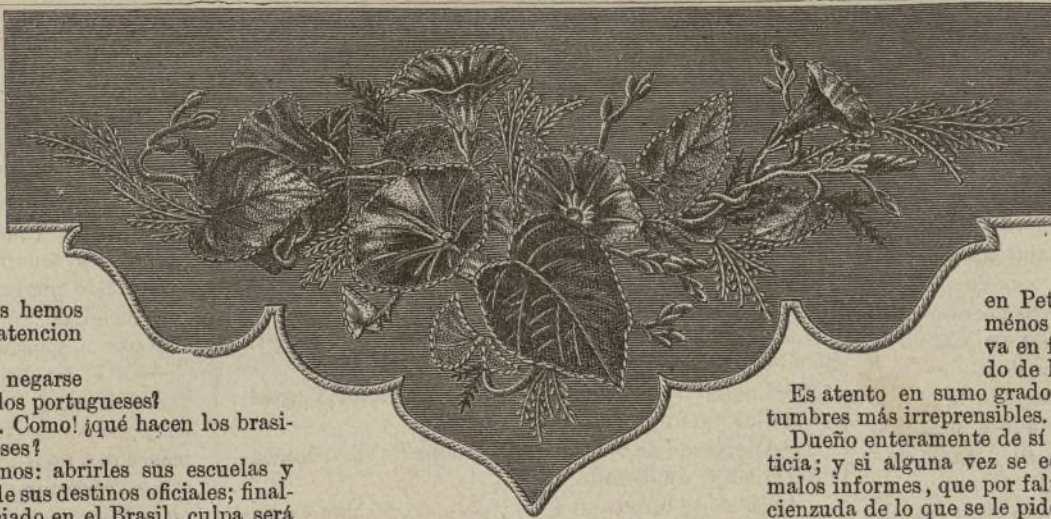
Pero á pesar de todo esto, ¿podrá negarse que el Brasil es la segunda patria de los portugueses?

Algunos nos dirán que los criollos.... Como! ¿qué hacen los brasileños de buen linaje con los portugueses?

Protegerlos mejor que á sus paisanos: abrirles sus escuelas y universidades, emplearlos en muchos de sus destinos oficiales; finalmente, si algun portugués es desgraciado en el Brasil, culpa será de su sino, que en cualquiera otra parte le trataria lo mismo que allí.

El Brasil tiene todos los elementos más necesarios para llegar á ser la nacion más rica y civilizada de América.

Así lo ha comprendido el Emperador, acogiendo todas las invenciones del espíritu moderno; planteando cuantos sistemas son compatibles con la forma de un gobierno; premiando á los hombres



14. Lambrequin bordado con aplicaciones de cretona.



15. Almohadon redondo con aplicaciones de cretona.

de génio que se consagran al mejoramiento del país, sin omitir nada de cuanto puede contribuir al gran pensamiento concebido por su padre, de feliz memoria, de hacer del Brasil la Grecia de América.

Imprime tal actividad y emulacion con sus estudios y talentos el Emperador don Pedro II, á todas las clases, que todos se afanan en la escuela, en el taller, por hacerse dignos de sus elogios y de las alabanzas del justo.

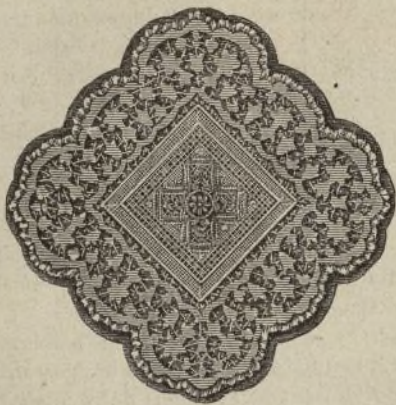
Así es que no ven en él más que al padre del pueblo; todo lo bueno esperan de sus resoluciones; el más duro se hace dócil al conocer los efectos de sus acuerdos.

Con los países extranjeros tiene una política eminentemente conciliadora, especialmente con los estados limítrofes del Plata, cuya cooperacion nunca les ha negado en sus luchas intestinas, dando asilo á los emigrados de todos los matices políticos, socorriéndoles, tratándoles á muchos particularmente con la sinceridad de caballero, que tanto le caracteriza.

En la guerra que ha sostenido con el Paraguay, aliado á Buenos Aires y Montevideo, no omitió gasto, ni medio alguno, para que Lopez fuese vencido; y si en efecto este dictador habia insensatamente provocado aquella guerra, su derrota y su muerte, ha sido ventajosa para el Paraguay, cuyo lamentable atraso era inmenso, bajo la torpe dictadura de aquel orgulloso caudillo.

En su vida privada es un ejemplo de virtudes.

Vive en la más perfecta armonía con su esposa, á quien adora, con quien se presenta en casi todos sus actos públicos, en los teatros y paseos, acompañado de sus hijos, á quienes educa él mismo,



22. Cubierta de almohadon de malla guipure y punto de Venecia. (Véase el núm. 23).



17. Cenefa con aplicaciones de cretona.

Es atento en sumo grado, enemigo de la etiqueta y de las costumbres más irreprehensibles.

Dueño enteramente de sí mismo, su norte es la verdad y la justicia; y si alguna vez se equivoca, más bien será por efecto de malos informes, que por falta de voluntad generosa y análisis concienzuda de lo que se le pide.

Un monarca, pues, que tanto se distingue por la nobleza de sus sentimientos y de sus acciones, marchando al frente del pueblo sin violentarlo, sin espoliarlo, sin desagradarlo es bien digno de que el mismo Víctor Hugo haga su apología; pudiera dejar de encomiarse al rey, pero no al hombre.

Nosotros, que hemos disfrutado de la libertad del Brasil, en don

guiándolos solícito y cariñoso por la senda del honor y de la verdad.

En invierno, por lo regular reside en San Cristóbal, alternando su estancia con la ciudad, en donde no pasa más que dos ó tres días, si bien en San Cristóbal se está casi en la corte, pues no dista más que legua y media del palacio propiamente oficial.

En verano reside casi siempre en Petropolis, que es la corte brasileña, no ménos bella que esta y Aranjuez, á donde se va en ferro-carril y es el sitio más privilegiado de las afueras de Rio Janeiro.



16. Almohadon con aplicaciones de cretona.



18. Arandela con aplicaciones de cretona.

de apenas hay estadística criminal, sin que el ciudadano viva como sitiado por do quiera que marche, que pertenecemos á una de sus escuelas y somos socios de una de sus corporaciones literarias, no podemos ménos de rendir este tributo al emperador D. Pedro II, que le dedicamos una oda durante su estancia en Madrid, deseando que en España se le conozca como merece, y que se fije la atencion en los adelantos de una nacion que tiene poetas, pintores, músicos y otras notabilidades, tan acreedoras de figurar en la lista de los hombres de

génio, como los que más se ensalzan en la vieja Europa.

En el parlamento aparecen todos los años oradores que arrebatan por su elocuencia y sus ideas libres y civilizadoras; y no podia ménos de suceder así, en un país en que hay verdadero sufragio universal; en que el pueblo busca para representarle á los jóvenes de las universidades, ardientes y desinteresados, que no se doblan á las exigencias ministeriales, que saben contener en sus justos límites al poder ejecutivo.

El Brasil tiene efectos que pueden ser muy útiles á España; por eso preconizamos el comercio con aquel país, ciertos de que no nos arrepentiremos de efectuar un cambio, á todas luces conveniente á nuestros intereses.

Recomendamos tambien á nuestros viajeros y naturalistas, el estudio de un país tan lleno de encantos y maravillas, que poco podrian comprenderse en un pálido reflejo, y si viéndolas con los ojos de la ciencia, como lo hicieron Humboldt, Bomplan, Arago, y otros cuyas descripciones son tan apreciadas.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.



EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

Gaspar había nacido bueno: cada una de las palabras de la joven hallaba un eco en su corazón que estaba muy lejos de haberse corrompido con las malas compañías y la práctica del vicio.

Obra mal por imitación, por imprevisión, como tantos otros que no han tenido la suerte de ver junto a su cuna a una santa madre; que, al dar sus primeros pasos en el mundo, no se han apoyado en la mano honrada de su padre, ni han oído de los labios de ambos máximas de virtud que les sirvan de norte en su ulterior conducta.

Reproducía en su casa lo que había visto en la casa de sus padres, lo que veía en la de sus amigos.

Oía a estos blasfemar de Dios, anteponer a todos los sentimientos nobles y elevados, su egoísmo, su interés material, y seguía la misma senda, sin volver atrás la cabeza, sin pararse a reflexionar si su modo de proceder era útil y conveniente.

Se había casado por satisfacer sus caprichos sensuales, y una vez satisfechos, había visto en su mujer el forzoso compañero que el presidiario va arrastrando en pos de sí unido a su grillete. Consideraba a sus hijos frutos del placer, resultados de una ley natural, una carga pesada, que por temor a la justicia no había sacudido de sus hombros. No se consideraba solidario ante Dios de la salvación de sus almas; Dios en su concepto no existía, y no podía, por lo tanto, cuidar de unas almas que debían acabar por convertirse en polvo. Así como en el matrimonio no veía un sacramento, sino un contrato demasiado oneroso, no veía en sus hijos la continuación de sí mismo sobre la tierra, ni los perpetradores de sus buenas obras.

Vivía al día, pudiera decirse a la aventura; como otros muchos, gozaba del minuto presente, y no se cuidaba en manera alguna del que debía seguirle.

Lo mismo le sucedía a Jacoba: era bien parecida, disfrutaba toda su gloria en sus atractivos físicos, y como veía a sus demás amigas elevarse sobre su estado, quería imitarlas a toda costa sin pensar en las consecuencias. Llevaba peinado de bucles, vestidos de seda, cuellos y mangas blancas. Su única ambición era adornarse como las señoras; pero como el salario de su marido era corto, sus trajes pasaban incesantemente de su cofre al Monte de Piedad bailando una eterna contradanza.

Y mientras tanto, sus hijos andaban desnudos y descalzos, y pasaban todo el día en la calle jugando al marro ó a las chapas.

Representábanse a la sazón todas estas circunstancias a la mente clara de Gaspar, cotejaba su zahurda con la modesta casita de Ricardo, y por fin murmuró, exhalando un profundísimo suspiro:

—Ah, si mi mujer se pareciese a Catalina!

—Jacoba tiene faltas, en efecto, se apresuró a decir Marta; pero a V. tocaba el corregirlas, lejos de robustecerlas con su mal ejemplo. Ella es conforme al espejo en que se mira. Arregle V. su conducta, cuide V. de su casa y de sus hijos, y su mujer se verá obligada a poner coto a sus caprichos.

En esto llegaron a Madrid.

Marta puso en las manos del obrero una moneda de plata.

—Vaya V. a almorzar a mi salud, le dijo, y ojalá que nuestro paseo le aproveche al cuerpo y al espíritu.

Gaspar recibió la moneda, y llevó la mano a la gorra en ademán de darla las gracias, pero quedó inmóvil en medio del arroyo.

Conociase que estaba entregado a una violenta lucha entre el hábito que le llamaba a la taberna, y el deber, cuya mágica luz acababan de ofrecer a sus ojos las palabras de la joven.

—Cree V. que sus consejos podrán ya regenerarle? dijo Catalina en voz baja a Marta.

—No tan pronto, respondió ésta sonriendo; pero duda, y es un triunfo haber suscitado en su ánimo la duda.

Como para dar la razón a Catalina, Gaspar, que había permanecido inmóvil mientras ellas se alejaban, se dirigió muy despacio y deteniéndose a veces, a una taberna cercana, acabando al fin por trasponer sus umbrales.

Tan absorta había ido Marta en su buena obra, que no había reparado en un hombre que la seguía muy de cerca, parándose cuando ella se paraba, y recatándose presuroso cuando por casualidad volvía atrás la cabeza.

Al entrar en una tienda de objetos de viaje de la calle Mayor, que era adonde se dirigía, aquel hombre se quedó parado mirando lo que contenía el escaparate.

La tienda era húmeda, oscura: tenía esa apariencia

vetusta de algunas tiendas que se ven todavía en las principales calles de Madrid, y que forman un singular y desagradable contraste con las que están montadas a la moderna y ofrecen un aspecto artístico, lujoso y elegante.

Allí no había espejos ni divanes, ni mostrador de caoba. Unas cuantas sillas de anea, y una imagen tosca de la virgen, constituían todo su adorno.

Detrás del mostrador, de madera negruzca por los muchos años que contaba de servicio, estaba sentada una joven ocupada en hacer labor.

Al ver a Marta se sonrojó, y la dijo con un aire de timidez encantadora:

—Cuánto la agradezco a V. que haya venido! ¿Y usted, Catalina, qué trae V.?

—Un recado de mi señora para doña Sabina, respondió la mujer de Ricardo.

La joven se turbó aún más, y permaneció algunos minutos indecisa.

Evidentemente quería dirigirla alguna pregunta que no se atrevía a formular.

—Suba V., dijo por fin. Mi madre está allá arriba.

Catalina entró en la trastienda, y subió por una escalera de caracol a un entresuelito bajo de techo, y tan húmedo y oscuro como la tienda.

Las dos jóvenes se quedaron solas, sin que ninguna de las dos acertase a romper el embarazoso silencio.

Marta fué la primera que lo rompió.

—Hé aquí la corona que V. me ha encargado, señorita Agueda, dijo sacando del pañuelo una bella corona de siemprevivas y pensamientos entrelazados. Quisiera que fuese de su agrado.

—¡Oh, sí, exclamó Agueda, tomándola con viveza; es muy hermosa!

Calló algunos instantes, y luego balbuceó tímidamente:

—Cuánto la debo a V.?

Tocóle su vez a Marta de sonrojarse.

—Nada, dijo sonriendo. He tenido sumo gusto en complacerla.

Agueda dejó escapar un suspiro de satisfacción como si su pecho se hubiese libertado de un enorme peso. Después, por un movimiento indeliberado de gratitud, llevó la corona a sus labios y la besó.

Era una jovencilla pálida y melancólica. Al verla se recordaba involuntariamente a la dulce Margarita de Goethe. No era bella, pero su fisonomía tenía una delicadeza indefinible, como todo el conjunto de su persona, y sus grandes ojos azules revelaban un alma sencilla, inocente y candorosa. Una abundante cabellera del color de las espigas descendía en bucles al rededor de su frente y la prestaba una gracia encantadora. Era una de esas flores delicadas cuya corola se dobla al más leve contacto de la brisa, y que nos es preciso guardar en nuestros invernaderos para ponerlas al abrigo del sol y de la lluvia. Su sér era de aquellos que al menor embate del dolor se agostan y perecen, pero que mueren con la sonrisa en los labios y los ojos fijos en el cielo.

Formaba singular contraste su figura ideal y poética con aquella tienda lóbrega, parecida a una mazmorra y decorada con muebles antidiluvianos.

Formaba también singular contraste con Marta, alta, esbelta, llena de vida y de salud, que ostentaba una rosa en cada mejilla, y en cuyos ojos se reflejaba un alma enérgica y templada para hacer frente a las tempestades de la vida. En la una todo era vaguedad, indecisión y misteriosos atractivos: parecía destinada no a vivir en el mundo, sino entre los ángeles sus hermanos. Marta, de belleza y carácter acentuados, parecía, por el contrario, destinada a habitar en la tierra para sembrar el bien y moralizar a los hombres con su ejemplo.

Agueda representaba la poesía: Marta la razón, el buen sentido práctico de la vida, la realidad embellecida con las virtudes dulces y severas.

Después de algunos momentos de silencio, Agueda salió del mostrador, ofreció una silla a Marta, y se sentó en otra a su lado.

Sus mejillas se habían enrojecido, sus pequeñas y blancas manos temblaban, tembló su voz cuando, haciendo un heroico esfuerzo sobre sí misma, dijo por fin a Marta:

—Cuán buena es V. y cuánto la quiero! ¡La quise desde el primer instante en que tuve la dicha de conocerla. Oh, si fuese V. mi hermana! Me parece que apoyada en su brazo no temería los azares de la vida! ¡Yo no tengo hermanas, no tengo amigas!...

¡Tengo a mi buena madre; pero necesitaria además una dulce compañera con quien cambiar los effluvios de mi corazón, que está lleno de ternura, con quien compartir los sueños de mi mente, que está llena de ilusiones!

No es verdad que se necesita amar para vivir?

—Oh, sí, exclamó Marta con efusión.

Agueda quedó otra vez inmóvil y pensativa.

Luego cogió las manos de su compañera, se inclinó hacia ella, y murmuró en su oído:

—Hay un afecto más intenso que la amistad. ¿Lo ha sentido V. alguna vez?

Marta se puso encendida, y bajó la cabeza sin saber cómo ocultar su confusión.

—Dígame V., por Dios, si lo siente ahora, prosiguió Agueda con tono suplicante.

¿A dónde quería ir a parar la joven con aquella extraña pregunta?

Marta no sabía que pensar.

—Es V. tan bella, repuso Agueda, que es imposible verla sin amarla! ¡Oh, yo quisiera que todos los corazones del universo estuvieran rendidos a sus pies menos uno, menos uno solo.... Desde que la casualidad la ha puesto a V. en mi camino, soy feliz y desgraciada al mismo tiempo.... Me atrae V. por medio de una invencible simpatía, y me repele por medio de un invencible terror.... ¿Sabe V. lo que son celos? Ha tenido V. celos alguna vez?... Entonces ya sabrá V. lo que es sufrir!... ¡Entonces ya sabrá V. con cuánto afán se anhela el blanco sudario y el plácido reposo de la tumba!

Mientras hablaba así Agueda, una lágrima, una perla, osciló en sus párpados sedosos.

Una luz súbita penetró en la mente de su turbada compañera, revelándole el secreto que escondían aquellas palabras vagas é incoherentes.

—Me permite V. que adivine? exclamó con viveza, ¿me perdonará V. que haya leído en su corazón y responda a su pensamiento con mi lealtad acostumbrada?

Y viendo que Agueda inclinaba la ruborosa frente sobre el pecho, prosiguió con exaltación:

—Le juro a V. por lo más sagrado, le juro a V. por esa bendita Virgen que nos está mirando, que sus recelos con respecto a mí son infundados, que nunca se realizará ese sueño doloroso que turba el reposo de sus noches, ese temor que turba la calma de sus días. Fie V. en mí, ¡descanse V. en mi lealtad! Soy su aliada; no seré jamás su enemiga. Su corazón de V. necesita una hermana; heme aquí pronta a sacrificar hasta mi dicha para asegurar su ventura!

Agueda apoyó su cabeza sobre el hombro de su nueva amiga, y dejó correr sus lágrimas sin pensar en enjugarlas. Bien se veía que eran lágrimas de júbilo, porque su rostro estaba trasfigurado y reflejaba las alegrías del paraíso.

Sus labios, que balbuceaban con éxtasis inefable el nombre de Gabriel, buscaron los labios de Marta, y un ósculo selló la dulce alianza.

Pero en aquel momento el hombre que había quedado parado delante del escaparate, y que sin duda había oído aquellas misteriosas confidencias, entró con paso resuelto en la tienda.

Era Simeon! Simeon, a quien Marta no había vuelto a ver desde la muerte de D. Eusebio, cuando la casualidad de la cartera perdida le había revelado el asilo de la desventurada familia, a la cual andaba buscando por Madrid inútilmente.

Entonces, Simeon, que había venido a la corte con el solo objeto de renovar sus deshonrosas proposiciones, se había visto rechazado duramente, lo mismo que en la aldea, jurando en su consecuencia a Marta, que la abrumaría tarde ó temprano con el peso de su venganza.

Sin embargo, en aquella ocasión, antes de recurrir a este último extremo, había intentado interesar el corazón de la joven por mil distintos medios, y no habiéndolo conseguido, era más de temer el odio reconcentrado que debía embargar su alma.

Marta, no volviéndole a ver, le había olvidado; pero su imprevista presencia en aquel momento renovó todos estos recuerdos y reavivó todos sus temores.

Pareció no justificarlos Simeon, porque había cubierto su rostro con una máscara risueña y bondadosa.

Saludó a Agueda como a persona conocida y la preguntó por sus padres. Luego se dirigió a Marta, y la dijo con el aire más natural del mundo.

—Vengo detrás de V. desde la pradera del Canal sin poder alcanzarla. Me paré por prudencia cuando estaba usted hablando con D. Gabriel de Mendoza, y luego ya me tomó V. la delantera, y me fué imposible seguirla en la rapidez de su marcha.

Aquella brusca revelación fué como un golpe de maza descargado sobre el corazón de Agueda, que ya se entreabría a la esperanza.

Fijó con expresión de reproche sus tristes ojos en Marta. Esta estaba encendida como la amapola, y su actitud era la del culpable que se ve repentinamente acusado del delito que creía oculto a todas las miradas.

Simeon prosiguió con desembarazo y como si no se hubiese apercibido de la borrasca que acababan de suscitar sus palabras.

—Tenia tantos deseos de ver á VV.! Desde que estoy en Madrid, que pronto hará ocho dias, los ando buscando por todas partes, sin haber podido averiguar su paradero. Cómo está la familia?

Marta no respondió, muda de asombro ante un desca-ro semejante.

—Ya habrá V. comprendido por la gasa de mi sombrero, repuso Simeon, que he tenido la desgracia de perder á mi adorada Rosalía.

—Cómo, Rosalía ha muerto? exclamó Marta, olvidando sus preocupaciones presentes, ante el dolor que le causaba aquella imprevista noticia.

—Sí, ha muerto! dijo Simeon con hipócrita tristeza.

¡Tan jóven y tan robusta, y sin embargo sucumbió á una rápida enfermedad de pecho!

Marta prorumpió en sollozos.

¡Ah, bien comprendía que eran los remordimientos, el pesar de haberse dado tan altivo dueño, lo que había minado la existencia de la pobre Rosalía!

Ah, si hubiese escuchado sus consejos! ¡Si se hubiese sacrificado al deber en vez de pensar en la venganza, espada de dos filos que nos hiere á nosotros mismos, al paso que hiere á nuestros enemigos!

¡Hé aquí á dónde la habían conducido su orgullo, su despecho, su egoismo! ¡Había causado su propia ruina al causar la ruina de su familia!

Y había muerto sola, acompañada únicamente por aquel hombre, que sin duda se habría convertido en su verdugo! Había cerrado sus ojos á la luz, sin que hubiese descendido sobre su frente la bendición de su tío, sin oír los dulces consuelos de Raimunda, sin escuchar la voz adorada de su primo! Pobre, pobre Rosalía!

Parecióle á Simeon, al ver el dolor y las lágrimas de Marta, que debía aparentar también un hondo sentimiento, y sacando su pañuelo se lo llevó á los ojos.

Pero no perdía de vista su principal objeto.

—Me fué imposible continuar habitando en una casa en donde ya no estaba ella, en donde ya no estaban VV.. prosiguió dando á su voz el timbre más doloroso que pudo; y la vendí y vendí la hacienda. Pero la tumba de mi adorada Rosalía está en la aldea, y en la aldea se ciernen mis pensamientos. A propósito de esto: oí que el señor D. Gabriel de Mendoza, á quien he tenido la honra de ver varias veces en esta casa, la encargaba á V. esta mañana que le hiciese una corona fúnebre para adornar el túmulo de su padre; hágame V. otra para adornar el túmulo de mi pobre Rosalía, V. que tiene una habilidad tan maravillosa.

La mortal palidez que cubrió repentinamente el rostro de Agueda, le reveló que sus tiros habían sido certeros, y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

En efecto, un rayo que hubiese caído á los pies de la pobre jóven, no la hubiera aterrado tanto. Exhaló un gemido doloroso, y con un movimiento indeliberado y convulsivo, hizo trizas la corona fúnebre que tenia en la falda.

¡Ay, si había mandado hacer aquella corona era para ofrecérsela á Gabriel en tan solemne día! La inocente niña había gozado mucho con la idea de demostrarle con aquel tributo, consagrado á los manes de su padre, el casto y puro amor que la abrasaba el pecho. Todos los años le hacía la misma piadosa ofrenda, que Gabriel acogía con lágrimas de gratitud y de ternura. ¡Y aquel año, olvidando la dulce costumbre, la había encargado á otra mujer, á otra mujer en quien ella veía una rival preferida! ¡Y esta mujer acababa de burlarse de su inocencia con un falso juramento! ¡Amor y amistad, todo lo perdía en un punto! ¡Todo se desvanecía á la vez ante sus turbados ojos, dejando en su lugar la desesperación sombría, el amargo desengaño! ¡Triste, triste Agueda, cuánto mejor hubiera sido para ella reposar en la callada sepultura envuelta en blancos velos!

Marta adivinó cuanto pasaba en su corazón.

Pero Marta era valiente y estaba siempre dispuesta á aceptar el combate cuando la asistía la razón, y á rechazar con noble altivez la injuria innecesaria.

Absorta al principio en el dolor que le había causado la inopinada muerte de la esposa de Simeon, no se había dado cuenta á sí misma del objeto que este se proponía alcanzar, representando una comedia tan extraña.

Sus últimas palabras se lo revelaron; se lo reveló el dolor de Agueda.

Levantóse entonces con la magestad de una reina ofendida, y exclamó con resuelto tono, dirigiéndose á Simeon, y envolviéndole en una mirada de desprecio:

—¡Olvidaba que entre V. y yo existe un pacto de perpetua guerra, y he hecho mal en olvidarlo!

Era tal la energía de su actitud, que Simeon á su pesar bajó los ojos.

Aquella mujer era el único ser en el mundo ante el cual flaqueaba su cínica arrogancia.

Marta repuso con altivez:

—Es propiedad de la serpiente marchitar las flores más bellas y lozanas; es propiedad de las almas bajas ennegrecer las acciones más puras y sencillas.

Cuanto V. acaba de decir es la verdad. Sépalo V., Agueda: yo respondo siempre de mis hechos, porque no los practico sino cuando pueden resistir la luz del sol. Al salir de casa hallé á D. Gabriel, que estaba pintando en la pradera.

Mañana es el aniversario de la muerte de su padre; soy florista, gano mi vida haciendo flores, y me encargó una corona fúnebre. No sería la entrevista tan misteriosa, cuando ese hombre pudo vernos, ni hablaríamos tan en voz baja, cuando pudo enterarse de nuestra conversación. Además, que me acompañaba Catalina.

—Pero, hija mia, replicó vivamente Simeon, me sorprende V. con tan intempestivas justificaciones. ¿Se las he pedido yo acaso? Soy yo su padre, soy yo su tutor! He hablado sencillamente de lo que no creía un misterio, pero su acaloramiento de V. me trae sin querer á la memoria aquel refrán vulgar de que, disculpa no pedida, acusación manifiesta....

—Basta! exclamó Marta con dignidad, yo no hablo con V. Creería mancharme con su veneno, si le dirigiese la palabra.

Hablo con esta señorita, á quien hice hace poco un solemne juramento, y nunca jamás hubiera creído que me infriese la grave ofensa de dudar de la lealtad de mis protestas!

Ha dudado, y no debo ya permanecer ni un solo instante en este sitio. Me retiro, y no temo las insidiosas calumnias de ese hombre, porque la verdad, fuerte porque lo es, no se asusta con las asechanzas de la mentira.

Dirigióse á la puerta.

Catalina, que acababa de bajar en aquel instante é ignoraba cuanto había sucedido, se despidió de los circunstantes, creyendo que Marta tenia prisa, y reuniéndose á ella, ambas desaparecieron por la boca calle inmediata.

Agueda había quedado inmóvil, contemplando los despojos de su querida corona que yacían sobre su falda, y las lágrimas que inundaban sus mejillas, cayendo sobre los pétalos de las flores, se asemejaban á otras tantas gotas de rocío.

Simeon ocupó la silla que acababa de abandonar Marta, y dijo con el tono más cariñoso que le fué dable tomar:

—Es verdad que mis palabras eran intencionadas, señorita. La quiero á V. como un padre, y no puedo soportar la idea de que sea V. víctima de la perfidia y del engaño.

Esa mujer, de cándida faz y noble y modesto aspecto, esconde un corazón ambicioso y egoísta en alto grado. No ha mentido; no ama en efecto á Gabriel. La conozco bien, y sé que es incapaz de amar; pero codicia su alta posición, desea llevar su nombre, y trabaja, intriga, no descansa para conseguir su objeto. Tiene razón: la he declarado una guerra eterna, porque he penetrado en el secreto de su alma, y he hallado ciego en vez de los bellos sentimientos de que hace tan mentiroso alarde. También he leído en su alma de V., pobre y niña, y he adivinado el amor que profesa á D. Gabriel. Acogido en esta casa como amigo por sus buenos padres, habiendo tenido ocasión de admirar las virtudes que le adornan á usted, sospechando por algunas palabras pronunciadas delante de mí, que conocían VV. á esa mujer que podía alzarse como un obstáculo entre V. y el objeto de su cariño, me propuse averiguar y he averiguado. ¡Se enojará usted porque haya tenido la avilantez de inmiscuirme en sus afectos, aunque haya sido guiado, al hacerlo, por el más ardiente celo!

Agueda no había pensado en interrumpirle durante este largo discurso. Cada una de sus palabras había sido un dardo que se había clavado en su corazón, trocando sus lágrimas en lágrimas de sangre.

A la última pregunta de su interlocutor, levantó la abatida frente y dijo:

—Enojarme! No! Agradezco su interés de V.; pero era tan feliz soñando! Por lo demás, Marta es más digna que yo de ser amada. ¡Tenía yo la seguridad de hacer dichoso á Gabriel! Soy tan tímida, tan apocada! ¡Oh, su felicidad ante todo, aunque sea á costa de mi vida! ¡La ama, no me cabe duda, y no entollaré el cielo de su ventura con mis quejas y mi llanto! ¡Que sea feliz, esto es lo único que pido á Dios, esto es lo único que pido á la afortunada rival que me ha arrebatado su alma!

Por muy conocedor que fuese Simeon del corazón humano, nunca hubiera creído que pudiese albergar tan extraños sentimientos. Para comprender los sentimientos delicados, no bastan la perspicacia ni el talento, se necesita un alma dispuesta á compartirlos.

(Se continuará).

Ayuntamiento de Madrid

REVISTA QUINCENAL.

Algo más podemos decir á nuestras bellas lectoras que en la quincena anterior, pues los espectáculos públicos han sido muchos y variados y la concurrencia á los paseos muy numerosa, efecto del tiempo primaveral que disfrutamos.

La asociación de señoras para socorro de heridos, sigue procurando recursos para su curación, desplegando para ello el mayor celo y una caridad ejemplar.

A beneficio de los mismos se ha celebrado una corrida de toros que ha sido una de las más brillantes de la actual temporada, con la circunstancia de haberse brindado el intrépido Frascuelo á matar los seis toros sin retribución alguna, estando él, como toda su cuadrilla, sumamente acertados en el desempeño de su cometido, y recibiendo algunos magníficos regalos con que algunas señoras premiaron su desinterés y filantropía. Las localidades de la plaza estaban completamente ocupadas.

Igual concurrencia han atraído los teatros, en los que se han dado variadísimas funciones, como si las empresas quisieran despedirse del galante público, dejando gratos recuerdos para la próxima campaña. El *Español* es el único en el que la variedad no existe, puesto que *Las manzanas de oro* siguen repitiéndose sin interrupción, aunque la brillantez con que se presentan en escena, hace que no se eche de ménos la novedad. El *Circo* dejó la zarzuela para dar cabida á los bufos; y contrarios á este género de literatura, nos abstenemos completamente de ocuparnos de ellos, puesto que nuestro mayor gusto sería que tales espectáculos fueran abandonados por el público como impropios de la seriedad y cultura de nuestro pueblo.

Y *Apolo*? Sentimos en el alma no poder disponer del espacio que deseáramos para ocuparnos con la extensión debida de las obras de autores españoles que allí se ponen en escena. El *pañuelo blanco*, de D. Eusebio Blasco, si bien guarda mucha analogía con una obra francesa, es de un género bastante bueno y que agrada sobremanera al elegante público que llena el aristocrático coliseo de la calle de Alcalá. Su desempeño nada ha dejado que desear, especialmente por parte de la Matilde, á quien el arte saluda constantemente, no solo como recuerdo de sus buenos tiempos, sino como legado de los mismos, porque Matilde es hoy lo mismo que ayer, y sus años son coronas de flores que adornan sus sienes de artista. La *sátira*, también de D. Eusebio Blasco, no ha satisfecho al público como fuera de desear. Si nosotros en nuestra humildad literaria nos pudiéramos permitir hacer una observación al Sr. Blasco, le diríamos que cultivara el género serio, más en armonía por lo regular con los caracteres aragoneses. Posteriormente se ha estrenado con un éxito completo *El anzuelo*, obra del mismo fecundo autor.

En el teatro de Jovellanos también ha alcanzado muy buen éxito *La canción de amor*, letra y música de dos conocidos autores. No hablaremos de la *Infantil* y *Capellanes*, á los que no queremos descender sino para manifestar nuestro deseo de que se hiciera desaparecer cierto género de obras y de bailes, y la autoridad que lo consiguiera alcanzaría un unánime aplauso del pueblo madrileño. *Variedades*, *Romea* y *El Recreo*, que han reanudado recientemente sus tareas, presentan algunas obras de buen gusto; y *Martin*, con *El Pecado de Cain* y la magnífica comedia del Sr. Zumel *La leyenda del diablo*, llama á sus puertas una elegante y excesiva concurrencia, que cada día sale más apasionada de la compañía dramática que allí trabaja, particularmente del Sr. Rodríguez y la señorita Torrecilla (doña C).

Ya se han puesto los carteles con la lista de la nueva compañía dramática y de baile que ha de actuar en el elegante *Teatro y Circo de Madrid*. El Sr. Rivas ha estado sumamente acertado; con decir que en ella figuran las primeras partes de la que hoy trabaja en *El Español*, creemos haber dicho bastante. Nos place ver figurar en ella á la simpática actriz señorita Mendoza Tenorio, y nos congratulamos de que el público y las empresas procuren alentar á los artistas que hoy nada dejan que desear, y que son una esperanza para el porvenir. La señorita Pinchiara figura como primera bailarina en el cuerpo de baile, y su nombre nos releva de todo elogio.

Nada diremos de la función cívica del *Dos de Mayo*, sino que se ha celebrado con toda la pompa que requiere tan glorioso recuerdo, ofreciendo un piadoso tributo á los manes de los héroes de nuestra independencia patria.

¡Quiera el cielo que pronto terminen los males que actualmente afligen á nuestra desventurada España, y luzcan para ella mejores dias de prosperidad y paz, por la cual hacemos todos votos fervientes á la Providencia!

BERNARDO APARICIO.

CORRESPONDENCIA.

Una suscritora. — Puede V. mandar hacer el pajarito completo de alambre y cubrirlo del modo indicado en nuestra respuesta anterior.

La primavera. — El peinado más sencillo y que menos abruma, es el siguiente: después de dejar algunos cabellos para las sortijillas de la frente y las que deben adornar la nuca, lleve V. todo el cabello á la parte superior de la cabeza, y para no atarlo, empiece V. una trenza apretada, que después se divide en dos ramales. Estos se retuercen ligeramente, disponiéndolos en forma de dos coronas, ocultos los cabos atrás bajo un lazo de caídas cortas. Esto para casa y para la calle. Para sociedad se añade otro lazo igual ó una flor puesta graciosamente en el costado de delante.

S. B. — *Valencia.* — Dirijase usted á Mme. Grand, plaza de Celenque, 1. Sus corsés son inmejorables, y quedará V. seguramente complacida.

O. M. — *Barcelona.* — Para la niña, falda de tela cruda plegada á la escocesa, chaquetilla suelta de cachemir azul sobre una camiseta blanca y sombrero japonés que la resguarde del sol. El niño no debe V. vestirse de hombrecito hasta que cumpla los seis años.

Don Joaquín Sánchez de Toca ha dado á luz un notable libro sobre *El Matrimonio*. La tesis que desenvuelve, se halla formulada en estas líneas:

«Los pueblos no pueden ser felices si no existe la familia, y la familia no puede existir si no se respeta y venera á la mujer, y la mujer ni será respetada ni venerada nunca, si no se cumplen las sacrosantas leyes del matrimonio verdadero.»

EL MÁS LINDO VESTIDO.

Presentóse una modista un día en una quinta. Una señorita, llamada Isabel, obtuvo de su madre el permiso de elegir la tela de seda que más la agradase para un vestido. Después de haber examinado todas las piezas una tras otra sin poder fijar su elección, dijo á su madre:

—Querida mamá, decidme vos misma qué color me sentará mejor. ¿Será el azul, el verde, el amarillo?

—Hija mía, respondió la madre sonriéndose; yo creo que es el blanco, color de la inocencia, y el encarnado, que es el del pudor.

La música popular española es quizá la más notable de todos los países. La biblioteca de la Escuela de Música se ha enriquecido con 486 tonadillas, y para completar la colección debería comisionarse en cada provincia á un aficionado inteligente, á fin de que recogiese el mayor número posible de estas obras, que serían un verdadero tesoro para el arte.

El director del Observatorio del Vesubio, ha construido, por encargo de la emperatriz de Rusia, un termómetro metálico, que hace sonar varias campanillas cuando se verifican cambios de la temperatura. El aparato está expuesto en la Academia de Ciencias de Nápoles.

23. Cubierta de natural. (Véase

almohadon: tamaño el núm. 22).

En la tipografía de G. Estrada, calle del Dr. Fourquet (antes Yedra), número 7, se siguen haciendo con la perfección y economía que tiene acreditado, toda clase de impresiones de lujo y económicas, y cuantos trabajos tipográficos se le encomienden, por complicados que sean.

PELUQUERÍA UNIVERSAL,
(LA CATALANA).

Plaza de Santa Ana, 15, tres tiendas.

Abundante surtido de peinados y toda clase de objetos de perfumería, á precios sumamente reducidos.

BLANCO CERA DE MATILDE DIEZ.

Este maravilloso blanco, cuyos efectos son tan admirables, está siendo objeto de los mayores elogios por parte de todas las elegantes, no tan solo por la belleza, finura, suavidad y transparencia que comunica á la cara, cuanto por hacer desaparecer las manchas, pecas y espinillas. Por otra parte, elaborado científicamente por un distinguido profesor, carece del mercurio y albayalde, cuyas sustancias, altamente nocivas, contienen casi todos los blancos, razón por la cual atacan y desfiguran la cara y la dentadura. Nosotros podemos garantizar á las que lo usan los mismos lisonjeros resultados que después de tantos años ha obtenido nuestra distinguida Matilde. Lo hay para rubias y morenas.

Se vende en el depósito, Arenal, 16, entresuelo, almacén de bisutería (con gran rebaja); en la elegante perfumería de Frera, Carmen, 1; en la de Pascual, Arenal, 2, y en el Buen gusto, Carretas, 2.

Se sirven pedidos á provincias.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1121.

FIG. 1.^a — *Traje para paseo.* — Una feliz composición de faya negra y azul da un sello sumamente distinguido á este traje, á la vez serio y elegante. La falda lleva por abajo ancho volante tableado, y encima tres bieses negros, terminados á ambos lados con ruches azules, y puestos los últimos á distancias regulares. Por atrás la falda lleva solamente el volante y encima un biés, y va recogida en pouf, sostenido á ambos lados con un fleco

que figura bolsillo. La graciosa chaquetilla, orillada de fleco negro, lleva por delante solapas cruzadas de faya negra que suben en cuello hueco alrededor del escote, y terminan en dos anchas bandas orilladas de fleco, lo que hace el efecto de una túnica. Sombrero de faya azul con pluma blanca, otra castaño, un rizado de encaje negro y lazo con hebilla.

FIG. 2.^a — *Traje para primera comunión.* — Es de tarlatana blanca guarnecida la falda con muchos órdenes de ruches, y la túnica con un bullonado y ruches. Toquilla de muselina y velo blanco.

FIG. 3.^a — *Otro traje de primera comunión.* — Vestido de biarriz ó cachemir adornado con bieses de la tela; toquilla de muselina y velo blanco.

Las Sras. Suscritoras á la 1.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.